
CAPITULO XVI.

Justicia de Dios.



AMOS á abandonar á estos personajes episódicos de nuestra historia para bosquejar el siniestro cuadro que presentaba por entónces la situacion de la isla descubierta por el ilustre marino genovés, por él colonizada, y destruida por los que le habian sucedido en el mando.

Tiempo tendremos de asistir al desenlace de las complicaciones en que se hallaban los amigos más íntimos de Colon y sus más encarnizados adversarios.

Antes de seguir al héroe de nuestra historia en su último viaje, conviene que el lector sepa la triste suerte que estaba reservada á Anacaona y presencie el espectáculo de la reina de una raza, causada por intransigentes opresores.

Don Nicolás de Ovando llegó á Santo Domingo el dia 15 de Abril de 1502.

Su llegada sorprendió á Bobadilla; pero, sin embargo, mandó hacerle los honores debidos.

Apénas supo el objeto de su viaje, acompañado de los principales colonos fué á su encuentro, formó las tropas en dos filas de honor y mandó que un piquete le escoltase hasta la fortaleza donde debia habitar.

Ovando resolvió dar inmediatamente á conocer el objeto de su viaje, y con no ménos pompa que Bobadilla en su tiem-

po, mandó leer la real cédula por la que se le nombraba gobernador de la Española.

El enemigo de Colon se vió á su vez abandonado por los que le adulaban.

Deseosos los colonos de granjearse el aprecio del nuevo jefe, le recibieron con las mayores muestras de júbilo; apenas supieron su nombramiento le aclamaron con entusiasmo, y empezó á formarse en torno de Bobadilla ese terrible y desconsolador vacío en que quedan los hombres que han ejercido mando y han obligado á sus subordinados á entregarse á la adulacion para no ser víctimas de su tiranía.

Sin embargo, Ovando, que deseaba aparecer á los ojos de los españoles á quienes iba á gobernar como un hombre de carácter benévolo, economizó á Bobadilla los disgustos que este hombre desalmado habia hecho sufrir á Colon.

Trató á su antecesor con mucha cortesía, haciéndole creer que al examinar su conducta seria conciliador y bondadoso.

Como por encanto se desvaneció la importancia de Bobadilla.

¡Amargura inmensa para él, que poco ántes habia sido árbitro de los destinos de la isla, y rodeado de las atenciones de todos los colonos, podia hacerse la ilusion de que era un rey allí!

Una de las primeras disposiciones que tomó Ovando, fué la de investigar la conducta de los rebeldes capitaneados por Roldan, Riquelme y otros, y formando sumaria de sus actos, muchos de ellos fueron presos para que los juzgaran en España.

Ovando necesitaba mandar á España casi todos los buques que habia llevado á la isla, y no podia enviarlos sin satisfacer la codicia del rey con grandes remesas de oro, y los sentimientos de la reina sin asegurarle que todos los rebeldes ha-

bian sido juzgados, y que los indios que se portaban bien gozaban de la proteccion de su representante.

Necesitaba, pues, sacrificar á algunos de los rebeldes de la colonia, lo que no le importaba gran cosa, porque deshaciéndose de ellos alejaba la tea de la discordia de los dominios que iba á gobernar.

Los rebeldes y sus amigos, confiando en la proteccion de Fonseca, no sentian volver á España.

Pero necesitaban vengarse de Ovando, y trataron de formar un partido, cuyo jefe fuera Bobadilla, tanto para dificultar el gobierno de Ovando, como para poder dar á su arresto un carácter político.

—Nos ha perseguido porque éramos amigos de Bobadilla. Tal era la fórmula con que pensaban explicar su prision. Pero no consiguieron gran cosa.

Los poderes que habian dado los reyes á Ovando eran más amplos todavía que los que habia llevado Bobadilla.

Por otra parte, el nuevo gobernador hacia gala de una gran equidad, no perseguia más que á los revoltosos, no aprisionaba para conducirlos á España más que á los que observaban mala conducta, y la gran mayoría de los colonos se colocó á su lado.

Vencidas las dificultades personales, se dedicó con ahinco á reunir crecidas cantidades de oro.

Bobadilla le ofreció una inmensa satisfaccion presentándole un grano de oro que era un verdadero tesoro.

Dos ó tres meses ántes de la llegada de Ovando á la isla, una india de la servidumbre de Catalina se hallaba á la orilla del rio Hayna, y moviendo la arena halló un objeto de oro que llamó su atencion.

Logró desenterrarle y lanzó un grito de alegría, porque jamas habia visto un fragmento de oro más puro ni más grande.

Inmediatamente dió parte de su hallazgo á su señor, que era el famoso Miguel Diaz; éste acudió á la orilla del rio con algunos españoles, y el asombro de todos fué indescriptible al contemplar aquella maravilla.

Ebrio de gozo, dispuso Diaz un festin para solemnizar aquel encuentro.

Mandó matar un cerdo, hizo que lo asaran, convidó á Bobadilla y á muchos de los principales colonos, y les sirvió el cerdo entero sobre el pedazo de oro que tenia más diámetro que aquel animal, vanagloriándose de que á tantas leguas del mundo civilizado tenia una vajilla como no la poseia ninguno de los reyes de Europa.

Las crónicas de aquel tiempo dicen que el fragmento de oro pesaba tres mil seiscientos castellanos.

Bobadilla lo compró á Miguel Diaz para enviarlo á los reyes, y los fundidores de la colonia aseguraron que sólo perderia al ser fundido unos trescientos escudos de oro.

Semejante hallazgo reanimó las esperanzas de todo el mundo, y despertó en Bobadilla la esperanza de que al presentar aquella maravillosa muestra de las riquezas del país á los Reyes Católicos, le perdonarian los abusos que habia cometido.

Para congratularse con Ovando se le entregó, diciendo:

—No os pido más que una gracia: la de que me concedais custodiar este tesoro durante el camino, para poder ofrecérselo á los reyes yo mismo.

Ovando no tuvo inconveniente en acceder á este deseo.

Sabia que no por eso se libraria del castigo que merecian sus desacatos; pero si le agradaba el papel de juez, rechazaba el de verdugo.

Trascurrió algun tiempo; empleado por el nuevo gobernador en reunir oro y en decretar, con arreglo á sus investigaciones, el número de colonos que debia regresar á la Pe-

nínsula, y al fin y al cabo cargó los buques con inmensas riquezas, limpió la isla de descontentos é intrigantes, dispuso que Mayabonex fuese conducido con cadenas á España, y una vez preparada la escuadra para darse á la vela, encargó de su mando á Antonio de Torres.

Alonso Sanchez de Carvajal, que tantas muestras de afecto habia dado á Colon como agente suyo nombrado por los reyes, rescató del poder de Bobadilla los objetos que habia secuestrado al almirante, y dispuso enviárselos á España.

Ovando eligió el buque de ménos consistencia, el que por sus condiciones parecia llamado á no poder resistir las averías y á perderse en el viaje, para hacerle depositario de los objetos de Colon.

Dispuesto todo para la partida de los buques, partida que deseaba vivamente Ovando para empezar á plantear sus proyectos en la isla, recibió noticia de la llegada al puerto de Santo Domingo de Cristóbal Colon.

El almirante llegó el 29 de Junio y envió á tierra á Pedro de Terreros, capitan de uno de los buques, para que hablase en su nombre á Ovando.

Con gran disgusto recibió el nuevo gobernador aquel emisario del almirante.

Pero tenia que tratarle con cierta consideracion, y le recibió.

—Vengo á pedirlos en nombre del almirante, dijo Terreros, un buque de los vuestros en cambio de uno de los que forman nuestra pequeña escuadra, que está completamente inservible, y al mismo tiempo vuestra licencia para que nos permitais permanecer en el puerto algunos días, porque amenaza á las embarcaciones una de las más horribles tempestades, y deseamos ponernos al abrigo de ella.

—Con mucho gusto accederia á los deseos del almirante,

contestó Ovando; pero él sabe muy bien que los reyes han determinado que no vuelva á Santo Domingo, en donde tantos enemigos tiene, hasta que yo haya logrado apagar los rencores y despertar el sentimiento de la justicia hácia él en todos los colonos. Por otra parte, todos los buques de mi escuadra van á darse á la vela para España, y me es de todo punto imposible acceder á sus ruegos.

Terreros comunicó á Colon la respuesta que le habia dado Ovando.

—Cumple con su deber, y hace bien, dijo el almirante. Partamos nosotros, y que Dios nos proteja. Pero la escuadra va á salir para España, y si la tempestad que preveo se desencadena con furia, van á perecer la mayor parte de las embarcaciones.

Volved á ver á Ovando y decidle en mi nombre que no consienta que los buques se separen del puerto en muchos dias si no quiere exponerse á que los sepulten las olas.

Volvió Terreros á cumplir esta orden, y en premio de los buenos sentimientos que habia inspirado á Colon aquella advertencia, recibió burlas y sarcasmos.

—Quiere echárselas de profeta, decian unos.

—Basta que él diga que habrá tempestad, que los buques pueden perderse, para que el viaje sea feliz.

El amor propio de Ovando y el odio intransigente de los colonos, fué causa de que se desoyera la voz profética de Colon.

Tuvo que retirarse del puerto en medio de las murmuraciones de sus tripulantes, que veian el peligro y se quejaban amargamente de que no les permitiesen permanecer allí defendidos del temporal, licencia que ni aun á los extranjeros, ni aun á los enemigos, hubiera negado nacion alguna.

Desgraciadamente atribuian al desprestigio de Colon la conducta de Ovando, y en vez de querellarse contra el go-

bernador de la isla, se quejaban de Colon, y se decian unos á otros:

—Si algun mal nos pasa, la culpa será suya.

El peligro era inminente.

El gran náutico adivinaba lo que iba á suceder.

Al retirarse del puerto no se alejó de la costa, y buscó una bahía abrigada para resistir en ella el temporal.

A nado llegaron hasta sus buques algunos indios de los que iban en las carabelas que naufragaron.

Entre ellos iba una mujer hermosa, á quien Colon guardó las mayores atenciones porque supo que profesaba la religion cristiana.

La escuadra que mandaba Antonio de Torres, y que iba á llevar á España, al mismo tiempo que los elementos de discordia de la isla, riquezas que de seguro deslumbrarian á los soberanos, se hizo á la vela, confiando en que el viento le seria favorable.

La profecía de Colon se cumplió.

A los dos dias de su salida del puerto, tomó la naturaleza un aspecto siniestro.

El viento se convirtió en desencadenado huracan.

Las ondas bramaban enfurecidas.

Negros y espesos nubarrones limitaban los horizontes.

La convulsion no podia ser más horrible.

De los veintiun navíos cargados de oro que componian la escuadra de Torres, sólo quedaron once.

La Providencia es justa.

El primer buque que pereció fué el que llevaba á bordo á Bobadilla, á Roldan y á los más encarnizados enemigos del almirante.

En él iba tambien aquel inmenso fragmento de oro que tanto deseaba presentar á los reyes el malvado Bobadilla para deslumbrarles y evitar el castigo.

Antonio de Torres sucumbió también, la mayor parte de los rebeldes; y los que habían ocasionado las disidencias de los españoles, los que habían sacrificado á los indios, encontraron por tumba los abismos del mar.

Mayabonex, que iba á bordo de otra de las carabelas, sufrió la misma suerte.

Lo que no pudo ménos de maravillar, fué que de los once navíos que quedaron en tierra, el más endeble, el que había sido elegido por Ovando para llevar á España los bienes de Colon, en la seguridad de que no podría soportar los rigores del viaje, fué el primero que llegó á las orillas de España.

Calcúlase que en aquel naufragio perdió el tesoro por valor de diez millones de escudos de oro.

La consternacion que causó este suceso, lo mismo en la colonia que en España, fué inmensa.

Se consideró como un castigo que la Providencia daba al que había tratado tan mal al almirante, y cuando se supo que éste había anunciado á Ovando el peligro que corrían las embarcaciones que se daban á la vela, siendo desoído y despreciado, un inmenso pesar se apoderó del corazón de todos los buenos españoles, y los reyes mismos se lamentaron amargamente de la obcecación que había obligado al gobernador de la isla á desoír los consejos de Colon.

Pero sucedió lo que debía suceder.

Aquellas inmensas riquezas que llevaban los bajeles á España eran producto de los más atroces actos de la tiranía, de la crueldad, de las violencias; eran las entrañas que la opresion había arrancado á un pueblo, eran el fruto de abominables infamias.

La Providencia no podía permitir que los verdugos saboreasen la sangre de sus víctimas.

El mar guarda en sus ondas aquellas inmensas riquezas:

sólo queda en la historia el recuerdo de los crímenes que costó su adquisicion.

¿Respetó aquella horrible tormenta las débiles embarcaciones del almirante?

Si se observan atentamente todos los sucesos que constituían la historia del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, no puede ménos de notarse que jamás se apartaba de su lado el ángel del bien, y que la Providencia, segura de su triunfo, le colocaba en las dificultades, en los peligros, en los martirios, para dar un ejemplo al mundo de su justicia, de su grandeza.

Ya volveremos á encontrar al almirante.

Ahora asistamos á los últimos momentos de Haiti; bajo la exterminadora espada del gobernador de la isla.